

BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.

LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.
(Art. 15 de los Estatutos.)

El BOLETIN, órgano oficial de la Institución, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50.—Secretaría, Paseo del Obelisco, 8. Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la Institución gira á los suscriptores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia particular».

AÑO IX.

MADRID 31 DE JULIO DE 1885.

NÚM. 203.

SUMARIO: La vida científica en la España goda, por don E. Perez Pujol.—La educación física y moral en las Universidades, por D. A. A. Baylla.—Últimas novelas: II. El Cisne de Vilamorta, de Doña E. Pardo Bazán, por D. F. Giner.—Revista pedagógica: La enseñanza primaria y profesional en París, por D. R. Rubio.—La ciencia del Folk-Lore, por Mr. G. L. Gemme.—Sección oficial: Cuadros de ingresos y gastos de la «Institución» desde su fundación hasta 30 de Junio de 1885.—Biblioteca: Publicaciones recibidas.—Correspondencia del BOLETIN.

LA VIDA CIENTÍFICA EN LA ESPAÑA GODA,

por D. Eduardo Perez Pujol.

(Continuacion) (1).

ESPAÑA GODA.

XXIV.

La vida científica que se había manifestado en España bajo el imperio de los godos, extendió su influencia en los siglos siguientes á todos los elementos de cultura que en la Península y en Europa precedieron al Renacimiento: su acción se hizo sentir de una manera perceptible sobre las iglesias y monasterios de los pueblos cristianos, sobre los muzárabes que ejercieron á su vez notable influjo en la cultura musulmana, y sobre las academias rabínicas de la España árabe, preparadas por las academias hebreas de la España goda.

Las iglesias y los monasterios de los reinos cristianos de la reconquista, desde Cataluña hasta Galicia, tanto los de nueva fundación, como los procedentes del período gótico que lograron atravesar incólumes el período de la invasión musulmana, todos conservan y continúan la cultura hispano-gótica.

En Asturias y Galicia primero, como más tarde en Leon y Castilla, la reconquista se propone reconstituir el Estado gótico, mas aunque lo reorganice con graves alteraciones,

la sociedad, y con ella la Iglesia y las instituciones científicas continuaron por de pronto la tradición hispano-goda. En Cataluña fué del todo nuevo el Estado, reconstituido como feudo del imperio carlovingio; pero la raza y la cultura siguieron siendo romano-góticas.

Esta influencia se marca en los manuscritos de los monasterios y de las catedrales, y en los escasos destellos de vida propia que da la cultura eclesiástica desde el siglo VIII al XI. En Asturias descuella el convento de San Martín, despues Santo Toribio de Liébana; en Castilla, el de San Millán; en Navarra, el de Leire: todos probablemente de origen gótico, que conservan y restauran sus bibliotecas, que continúan copiando manuscritos con la letra llamada todavía con razon isidoriana. Y esta senda prosiguen los monasterios de nueva fundación, entre los que se distinguen por sus colecciones de códices, el de Alvelda en la Rioja, el de Celanova en Galicia y el de Ripoll en Cataluña.

Las catedrales restauradas, como las de Urgel y Gerona, ó de nuevo constituidas, como la de Oviedo, se apresuran á recoger los manuscritos de la época goda y á reproducirlos. Y á las catedrales y á los monasterios vienen con sus libros, ó con su habilidad para copiarlos, los monjes muzárabes que huían de las persecuciones musulmanas.

Sin más que recoger por encima los datos que aparecen en la erudita memoria del señor Eguren sobre los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos de España (1), se ve impresa en ellos la profunda huella de la cultura hispano-gótica.

Entre las muchas copias que se hicieron de las *Etimologías* de San Isidoro, llama desde luego la atención una del año 753, que se conservaba en la catedral de Oviedo (2). Del siglo VIII era un ejemplar de las *Allegorías* del mismo San Isidoro, que perteneció al monas-

(1) Memoria descriptiva de los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos de España, por D. José Maria de Eguren, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el curso de 1859.

(2) Eguren, obra cit., pág. xxiii.

(1) Véase el número anterior.

terio de Ripoll (1); y de San Isidoro era también el libro *De Natura rerum*, contenido en dicho códice ovetense y en otro Cesaraugustano (2).

El obispo Sisebuto II de Urgel legaba en 839 al monasterio de San Clemente de Codinet un códice que contenía las *Sentencias Gregorianas de Tujón* (3).

El libro de San Ildefonso *De Virginitate B. Mariae* era reproducido por el Notario Juan bajo Ordoño de Leon y el conde Fernan Gonzalez en Castilla en 924, añadiendo, entre otras vidas de santos, la de San Millan por San Bráulio de Zaragoza (4); y otro ejemplar de la misma obra de San Ildefonso era ofrecido al monasterio de Sobrado, provincia de la Coruña, en 952 (5).

De mediados del siglo ix se considera el códice muzárabe, llamado Samuéllico, perteneciente á la catedral de Leon, procedente del monasterio de San Cosme y San Damian del Abellar, que ha sido dado á conocer del todo por el P. Fita. De él tomó el P. Risco las cartas de San Bráulio (6), que tanto hemos citado; y en él se encuentran, entre otros fragmentos, algunos muy importantes de San Isidoro, de San Eugenio y aun de San Ildefonso, de la coleccion canónica y del *Fuero Juzgo* (7).

De la coleccion canónica hispano-gótica poseía un ejemplar escrito aun en el siglo vii la catedral de Oviedo (8). Siguiéron copiándola las iglesias y los monasterios; y del siglo x fué obra el códice del convento de Celanova que contenía el concilio xviii de Toledo, desgraciadamente perdido con el códice para la historia (9); como de la misma época eran el de la catedral de Gerona y los famosos de Alvelda y de San Millan, que han servido de base para publicar el libro de los cánones (10), y para la edicion del libro de las leyes, del *Fuero Juzgo*, que en los mismos códices se contenía (11).

Y no sólo eran estos elementos de la cultura hispano goda, propiamente dicha, los que influían en los reinos cristianos de la Edad Media, sino las mismas tradiciones de la antigua cultura latina, transmitidas por la Iglesia goda á la Iglesia de la reconquista. Segun el índice de la catedral de Oviedo, conservaba ésta en

el siglo ix, entre otros muchos manuscritos, algunos referentes á las ciencias físicas y otros que comprendían los poetas más notables, así paganos como cristianos—Virgilio, Ovidio y Juvenal, Prudencio y Juvenco (1).—La iglesia de Roda poseía las Eglogas y la Encida de Virgilio (2); y copias de Virgilio, de Horacio, de Arieno, y aun obras de Porfirio llevó San Eulogio en el mismo siglo ix de los monasterios de Navarra á Andalucía (3).

La trasmision de los manuscritos hispano-góticos á las iglesias y monasterios de los reinos cristianos de la reconquista, da á entender que la enseñanza eclesiástica del siglo viii y siguientes se apoya en las tradiciones científicas y teológicas de la España goda; y así lo confirman los frutos de tal educacion, como aparecen en los pocos escritores de que se conserva noticia.

El presbítero Beato, monje de Liébana, que interviene con el obispo de Osma Etherio en las cuestiones suscitadas á fines del siglo viii por la herejía de Félix, obispo de Urgel, y de Elipando, arzobispo de Toledo, en cuanto consideraban á Cristo como hijo adoptivo de Dios, revela en sus escritos la influencia que sobre él ejercian los estudios hispano-góticos. En su Apología contra Elipando (4), aunque principalmente se apoya en los textos del antiguo y nuevo Testamento, segun era propio de su objeto, emplea alguna vez la doctrina de San Isidoro; como contra él la invoca Elipando (5), y en el comentario al Apocalypsis ó *Catena aurea*, segun la noticia de los manuscritos que quedan de esta obra (6), Beato recoge la tradicion de los Santos Padres de Occidente, y la completa y continúa con los comentarios, hoy perdidos, de Apringio Pacense, y con el mismo San Isidoro.

Salvo á Salvio, abad del monasterio Alvelense, que ha dejado memoria de su saber y de su dulzura como poeta, escribía en el siglo x

(1) Eguren, páginas xxvi y lxxvii.

(2) Eguren, pág. lxxvii.

(3) «Inde (Pamplonensium territoria) secum librum Civitatis Beatissimi Augustini, et Aeneidos Virgillii, sive Juvenalis metricos itidem libros, atque Flacci satyrata poemata, seu Porphirii depicta opuscula, vel Adhelelmi epigramatum opera, necnon et Avieni fabulas metricas, et Hymnorum Catholicorum fulgida Carmina, cum multis minutissimarum causarum ex sanctis questionibus multorum ingenio congregatis, non privatim sibi, sed comuniter studiosissimis inquisitoribus reportavit (Eulogius).»—Vita vel Passio S. Eulogii, auctore Alvaro Cordubensi, PP. *Taledanos*, tom. II, pag. 400, y *Esp. Sagr.*, tom. x, apénd. 6, pág. 573, 2.ª edic.

(4) Impresa en la *Maxima Bibliotheca Veterum Patrum* de Bigne, tom. xiii, páginas 355 á 403, edic. de Lion, 1677.

(5) Las cartas de Elipando se encuentran en la *Esp. Sagr.*, tom. v, apénd. 10. En la dirigida á Alcuino (ad Albinum), §. 9, llama á San Isidoro, «jubar Ecclesiae, sidus Hesperiae, doctor Hispaniae».

(6) Segun afirma Eguren, obra cit., pág. 49, un códice del siglo x se halla en la Academia de la Historia, y otro del siglo xi en la Biblioteca Nacional.

(1) Eguren, pág. xxxiv.

(2) Eguren, páginas xxiii y 93.

(3) Eguren, pág. lxxxviii.

(4) Eguren, pág. xliv.

(5) Eguren, pág. lxxxix.

(6) *Esp. Sagr.*, tom. xxx.

(7) La descripción e índice detallado del códice samuéllico por el P. Fita, se halla en *La Ciudad de Dios*, Revista Católica, tom. v, Madrid, 1871.

(8) Eguren, páginas xxv y 67.

(9) Eguren, páginas xlix y 67, y el P. Flores, *Esp. Sagr.*, tom. vi, pág. 235, 2.ª edic.

(10) *Collectio Canonum Ecclesiae Hispanae*, cit., edicion de la Biblioteca Real, Madrid, 1808 y 1821.

(11) Edicion de la Academia Española, Madrid, 1815.

himnos y misas (1), como los obispos de la España goda. Y aún en el siglo XII, en Pedro Compostelano, en su tratado *De consolatione rationis*, tanto en el fondo como en la forma dialogada, se advierte la influencia del diálogo entre la Razon y el Hombre, titulado *Sinónimos* de San Isidoro (2).

Continuadores de San Isidoro, apoyándose en su *Cronicon del mundo*, en su *Historia de los godos*, tal vez en las adiciones de San Ildefonso y en la historia de Wamba por San Julian, suponiéndolas como punto de partida ó resumiéndolas, empiezan los trabajos los primeros historiadores en el siglo IX, Sebastian de Salamanca (3) y el desconocido autor de la parte primera del *chronicon Albeldense* (4).

No nos toca á nosotros determinar la extensión ni el carácter de la vida científica en la España cristiana desde el siglo VIII al XII; pero, sin salirnos de nuestro objeto, debemos reconocer que, si no es fundada la opinion de los que creen ahogado todo germen de cultura en la Península con la invasion musulmana, es igualmente inexacta la creencia de que el movimiento se sostuvo á igual ó mayor altura que en la España goda.

Por lo que hemos visto, se comprende que en los monasterios y en las catedrales, desde Cataluña hasta Galicia, se conservó sin gran menoscabo la enseñanza religiosa y de las disciplinas liberales, como habia existido hasta fines del siglo VII. En tal estado encontró San Eulogio los monasterios de Navarra en el siglo IX (5). Pero desaparecen por completo las escuelas de las basílicas parroquiales; y no hay ya noticia de que los legos se eduquen en las iglesias ó en los conventos, como se educaban los hispano-godos. El movimiento literario es puramente eclesiástico; es mayor la ignorancia de las clases seculares que lo fué en la España goda; y, aún en la Iglesia, la vida científica empieza por estacionarse y acaba por decaer. La enseñanza de los monasterios conserva las

tradiciones hispano-góticas, pero carece de energía creadora. No aparecen en esta época escritores, como los que ilustran los siglos VI y VII, como San Leandro, San Isidoro, San Braulio, Tajon, San Ildefonso y San Julian. Los escritos de Beato, en el siglo VIII, prueban que no se apagó de golpe el brillo de la escuela gótica; pero seguía apagándose lentamente: en los siglos IX y X no hay apenas escritores originales, sino copistas; y es preciso llegar al siglo XII para encontrar los albores de un renacimiento.

XXV.

La raza muzárabe conservó de un modo más completo las tradiciones científicas de la España goda, y pudo así ejercer notable influencia sobre el desarrollo de la cultura en la raza musulmana.

La enseñanza continuó organizada en los monasterios y en las basílicas parroquiales como en tiempo de los godos. Entre las de Córdoba del siglo IX merece citarse la de San Zoilo, en que fué discípulo y maestro el mártir San Eulogio, discípulo también del famoso abad Speraíndeo (1).

Alumno del mismo abad, condiscípulo por tanto de San Eulogio, fué el sabio Alvaro de Córdoba, lego, probablemente casado (2), lo cual demuestra que en los monasterios muzárabes, como en las iglesias hispano-góticas, se educaban, no sólo los clérigos, sino también los legos; tradición que hemos visto interrumpida en los reinos cristianos.

La enseñanza muzárabe abarcaba, no sólo las ciencias eclesiásticas, sino también las disciplinas liberales. Lo declara así San Eulogio, al hablar de los estudios que en Córdoba hacían algunos clérigos de otras ciudades (3); y lo confirma el conocimiento de los filósofos,

(1) Vita Salvi, Abbatis Albeldensis in Aguirre, *Collectio Max. Conciliorum Hispanie*, edic. de Catalan, tomo IV, pág. 85.

(2) Amador de los Rios, *Historia de la Literatura Española*, p. 1, cap. XIV, tomo II, pág. 247.

(3) El Obispo Sebastian, al empezar su *Chronicon*, dice: «Quia Gothorum chronica usque ad tempora gloriosi Wambani Regis Isidorus, Hispanensis sedis Episcopus, plenissime edocuit; nos quedam ex eo tempore... intimabimus...»

Resume primeramente el reinado de Wamba, y añade: «Beatum Julianum Metropolitanum legito, qui historiam hujus temporis liquidissime contextuit.»—*Esp. Sagr.*, tomo XIII, apénd. 7, pág. 477.

(4) El *Chronicon Albeldense*, entre sus preliminares, coloca un breve resumen cronológico de los reyes godos.—*Esp. Sagr.*, tomo XIII cit., apénd. 6, pág. 445.

(5) Véase la nota (3), pág. 210, col. 2.^a

Del monasterio de San Zacharias decia San Eulogio, en su carta al obispo de Pamplona Willieindo: «famosissimis in exercitatione regularis disciplinae studis decoratum.» Y parecidas alabanzas hace de él de Leire y otros de Navarra. *PP. Toledanos*, tomo II, pág. 537.

(1) «Beatissimi Zoili æde deserviens (Eulogius) et in ejusdem collegio clericorum vitam deducens... Nec contentus magisterio doctorum suorum, alios si quos forte audiret procul positos requirebat. Nam et Abbatem bonæ recordationis Speraíndeum... præconabilem virum sæpius invisibat, auditorioque more illius ore dissertissimo dependebat... Ibi eum primitus videre merui. Eram namque jam dicti inlustrissimi viri auditor.»—Vita vel Passio B. Martyris Eulogii, auctore Alvaro Cordubensi, cap. I. *PP. Toledanos*, tomo II, pág. 395, y *Esp. Sagr.*, tomo X, apénd. 6, pág. 567, 2.^a edic.

(2) «Sed ille (Eulogius) sacerdotii ornatus munere... altius evolabat: ego (Alvarus) luxurie et voluptatis luto confectus, terra tenus repens hactenus trahor.»—Vita B. Eulogii cit., pref., pág. 566 en la *Esp. Sagr.*; 394 en los *PP. Toledanos*. A esta humilde indicacion del estado de matrimonio se une la deducida de la carta de Juan Hispalense, en que éste le dice: «salutamus omnem pulchritudinem domus vestræ,» frase que parece referirse á la mujer é hijas de Alvaro.—*Esp. Sagr.*, tomo XI, Epist. VI, núm. 10, pág. 147, 2.^a edic.

(3) «Petrus sacerdos in Urbe Astigitana progenitus, et sanctus Walabonsus ab Eleplensi civitate exortus... Cordubam studio meditandi adeuntes, liberalibus disciplinis traditi sunt.»—*Memorialis Sanctorum*, lib. II, cap. IV, núm. 2. *PP. Toledanos*, tomo II, pág. 459.

oradores y poetas paganos, que revelan los escritores muzárabes, especialmente Alvaro de Córdoba y Juan Hispalense, á propósito de la polémica suscitada entre ellos sobre la lectura de las obras de la gentilidad clásica (1); polémica que atestigua la misma indecisión que hemos advertido entre los hispano-godos sobre la conveniencia de cultivar la literatura pagana. Mas, á pesar de esta indecisión, se estudiaban entre los muzárabes, como entre los godos, los filósofos y poetas gentiles, y el mártir San Eulogio, según hemos dicho, los copiaba y los difundía (2).

La influencia de la tradición hispano-gótica sobre los muzárabes se extiende, no sólo á la enseñanza, sino también á los escritores. La confesión de Alvaro de Córdoba está hecha á ejemplo de la de San Isidoro, según advirtieron ya D. Nicolás Antonio y el P. Florez (3); sus versos, escritos para la biblioteca del presbítero Leovigildo, recuerdan los de la biblioteca de San Isidoro (4), y en otros versos se descubre la influencia de San Eugenio (5). El

(1) «Quis enim nesciat et Moyses, ac Prophetarum voluminibus quedam adsumpta de Gentilium libris: et Salomon philosophus Tyri et proposuisse nonnulla, et aliqua respondisse? Unde et in exordio Proverbiorum commonet ut intelligamus sermones prudentia... quæ proprie *Dialecticorum et Philosophorum* sunt». Epist. Joannis Hispalensis Alvaro directa, III, núm. 3, *Esp. Sagr.*, tomo XI cit. pág. 93. «Legimus apud antiquos Philosophos, cum discipulorum *Antisthenes* nullum reciperet, et perseverantem *Diogenem* removere non posset, clavam minatus nisi abiret».—Lugar citado, núm. 8, pág. 100.

(2) «Audi ergo, vir prudentissime, et *Romanæ dialecticæ* caput», dice Alvaro á Juan, Epist. IV, núm. 3, pág. 102, lugar cit.

(3) «Nonne tibi videtur ait (Apostolus) sub aliis verbis dicere: Ne legas Philosophos et Oratores Poetas, ne in eorum lectione requiescas?».—Alvaro á Juan, lugar cit., núm. 22, pág. 118.

(4) «Quinque sunt, inquit (Hieronymus) opiniones de anima: Prima, lapsam de Coelo, ut *Pitagoras*... *Omnes Platonici et Origenes* putant. Altera de substantia Dei ut *Stoici, Manichei*... dice á otro propósito Alvaro á Juan, revelando que también él conocía los filósofos paganos. Epist. V, núm. 7, pág. 136, lugar cit.

(5) Véase la nota (3), pág. 210, col. 2.^a

(6) *Esp. Sagr.*, tomo XI, pág. 33, 2.^a edic., y *Bibliotheca Veteris*, lib. VI, cap. VIII, §. 188.

(7) «Titulus Bibliothecæ
Sunt hic plura sacra, sunt hic mundalia plura»...

Decía San Isidoro, Opera, tom. VII, pág. 179, edic. de Arévalo.

«Sunt hic plura sacra, sunt dogmata clara»...

Empezaba Alvaro, que sólo se refería á los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento, *Esp. Sagr.*, tom. XI, pág. 283, 2.^a edic. Alvari Versus VIII.

(1) San Eugenio decía en sus «Opusculorum pars altera» VIII, *PP. Toledanos*, tom. I, pág. 59:

«Item Carmen Philomelaicum.

Vox, Philomela, tua citharas in carmine vincit,
Et superat miris musica fabra modis».

Alvaro decía en el lugar cit., pág. 275:

«Incipiunt versus.

I. Carmen Philomelæ.

Vox Philomela, tua meiorum carmina vincit,
Et superat miris flamina magna modis».

San Eugenio, en el lugar cit., pars prima, XI, pág. 24, escribía:

Liber Scintillarum, colección de Sentencias de los Santos Padres de Oriente y de Occidente, contiene también las de San Gregorio (siguiendo probablemente á Tajon) y las de San Isidoro (1). El abad Samson cita más de una vez en su *Apologético* el *Anticbeimenon* de San Julian, con tal exactitud, que por una de estas citas se ha rectificado el pasaje correspondiente en la edición de los Padres toledanos (2).

Otro tanto sucede en la historia. Cixila amplifica á San Julian en su *Vida de San Ildefonso* (3), y el Pacense empieza su *Cronica* donde San Isidoro dejó la suya (4).

No sólo conservaban los muzárabes la tradición hispano-gótica, sino que vivían en relaciones científicas con las iglesias de los reinos cristianos de la reconquista. Ya hemos dicho que á unos monjes muzárabes se debe el interesante códice de la Catedral de Leon (5), y que San Eulogio, en su viaje por Navarra, encontró florecientes las ciencias en los monasterios de aquella región, y se llevó á Córdoba copias de algunos manuscritos (6). El mismo San Eulogio nos da noticia de un monje, Felix de Alcalá, que había aprendido en Asturias la fe católica y disciplina monástica, y que fué martirizado en Córdoba (7).

A juzgar por la pléyade de escritores que ilustran la España muzárabe, fué en ella más activo el movimiento científico que en la España de la reconquista. Cixila de Toledo ó Isidoro de Beja ó Pacense, y aún el mismo

«Querimonia aegritudinis propriæ.

Alvaro, lugar cit. VI, pág. 279, decía:

«Incipiunt versus Ephemerides aegritudinis propriæ.»

Podrían multiplicarse las citas de puntos de semejanza, que se encuentran en uno y otro escritor en los conceptos y en el estilo.

(1) V. el P. Florez, *Vida de Alvaro Cordobés*, número 68, *Esp. Sagr.*, tom. XI cit., pág. 48.

(2) Samsonius Abb. Apologeticus, lib. II, cap. XXIV, núm. 4, *Esp. Sagr.*, tom. XI, pág. 492, 2.^a edic.

De este pasaje se tomó la *Interrogatio* 70, lib. I del *Anticbeimenon*, para completarla en la edición de los *PP. Toledanos*, tomo II, pág. 185.

Samson cita además á San Julian en la misma obra, lib. II, cap. XXVII, núm. 4, lugar cit., pág. 510, y núm. 6, pág. 512.

(3) Inserta en la *Esp. Sagr.*, tomo V, apénd. 8.

(4) San Isidoro cerró su historia en el reinado de Suintila. El Pacense empezó la suya en el de Sisebuto; pero es porque, fundando la cronología de su Epítome en la serie de los emperadores romanos, hubo de comenzar su obra en el imperio de Heraclio, que comprende los reinados de Sisebuto, Recaredo II y Suintila.

El *Chronicon* de Isidoro Pacense ó de Beja se halla en la *Esp. Sagr.*, tom. VIII, apénd. 2.

(5) Véase la nota (5), pág. 114, col. 1.^a

(6) Véanse las notas (3), pág. 210, col. 2.^a, y (5), página 211, col. 1.^a

(7) «Felix monachus, ex oppido Complutensi progenitus, natione Getulus, et quadam occasione in Asturias devolutus, ubi et fidem catholicam, et religionem monasticam didicit, eodem die hac professione decisus affigitur».—San Eulogio, *Memor. Sanct. lib. III, cap. VIII, núm. 1, PP. Toledanos*, tom. II, pág. 495.

Elipando, en medio de su extravío, son buena prueba de ello en el siglo VIII; y en el siglo IX el abad Speraindeo, Alvaro, San Eulogio, Juan Hispalense y el abad Samson (1), á pesar de la decadencia del idioma latino, hacen reverdecer bajo los musulmanes, con mayor lustre que los cristianos del Norte, la cultura de la Iglesia hispano-goda.

(Concluirá.)

LA EDUCACION FÍSICA Y MORAL

EN LAS UNIVERSIDADES,

por D. Adolfo A. Buylla (2).

II.

Conforme con la idea de Spencer de que «el objeto propio de la educacion es poner al hombre en situacion de gobernarse», de acuerdo con Guizot en que «el gran fin de la educacion es enseñar al hombre á educarse, cuando otros hayan cesado de educarlo», no lo estoy tanto con que la educacion forme el carácter, juicio demasiado absoluto, y que, en mi humilde entender, exige alguna rectificacion. Sin negar que sea un factor muy interesante para la formacion del carácter, no podemos considerarla como su determinante único y exclusivo. El carácter proviene sobre todo de elementos enteramente naturales—partimos del principio de que la educacion es un proceso artificial, en el sentido de que desenvuelve (*e-duce*) gérmenes que se hallan *in potentia* en el hombre—tales como el temperamento, la idiosincrasia, en lo físico, y la fisonomía particular que ofrecen las facultades espirituales de cada persona, y que han de producir la aptitud y la vocacion, que, si ménos comprensivas que el carácter, en él encuentran principalmente su raiz. El carácter, bien mirado, es consecuencia de la individualidad, y hasta nos atrevemos á decir que ésta lo constituye. En tal concepto la obra educativa, más que á formar el carácter, tiende á hacerlo constante, á determinar su permanencia en las diferentes situaciones de la vida, precisamente porque, ajustándose á la naturaleza, afirma la individualidad en cada caso y momento, y con ella la necesidad de estrechar más y más los lazos sociales que contribuyen

á aprovechar la diferenciacion en la total integracion de la vida de la humanidad.

En atencion á lo expuesto, síguese rigurosamente que la educacion ha de comprender también el elemento moral humano, y que, si siempre y en todas ocasiones realizamos esta labor educativa, con mucha más razon debe practicarse de una manera intencionada y reflexiva en la edad de la evolucion manifiesta y del desarrollo definido.

Por eso debe procurarse á toda costa inspirar la vida entera del jóven estudiante de la Universidad en los principios de la más pura y estricta moralidad, á lo cual tanto contribuye el desenvolvimiento adecuado de los órganos y miembros corpóreos; cuyo feliz consorcio tan gráfica y profundamente se expresa en el lenguaje popular, al convenir en que no hay alma grande y generosa en cuerpo feo y contrahecho.

Mucho queda que hacer en este vital asunto. Ante todo debe combatirse ese hábito deletéreo, que se ha enseñoreado por desgracia en nuestra sociedad, de pensar una cosa como buena y hacer en la práctica precisamente lo contrario; hábito que significa una profunda hipocresía, una mentira letal, que desorganiza por entero la vida, en cuanto ésta es la verdad y necesita de la perfecta coordinacion entre el *becho* y el *deber*, para que el destino se cumpla.

Nada hay más pernicioso que ese divorcio entre la realidad y el ideal, formulado en tantos dichos vulgares, puesto de relieve en tantas obras literarias y reciente y magníficamente encarnado en el *Numa Roumestan*, de Alfonso Daudet. ¡Y cuántos de estos personajes, *bombres á medias*, encontramos en nuestros círculos á todas horas! Ya es un sacerdote piadosísimo que niega el dictado de católico al que presta dinero con gran interés, y él mismo acaso coloca el fruto material de su funcion religiosa á un rédito excesivo; ya es un moralista que predica el culto de la castidad, y no duda en mancillar la honra de una infeliz; ya es un profesor, llamado por su deber á educar á la juventud, que habla *elocuentemente* contra las mal entendidas desigualdades sociales, y cree que se degrada al tratar con un obrero.

Aun cuando esto no nos autoriza para incurrir en el exagerado pesimismo de los Hartmann, de los Schopenhauer, y, ántes que éstos, de Hobbes y de cuantos han pretendido que el mundo es todo corrupcion, pecado, mal, tristeza, valle de lágrimas, lugar como de expiacion en el que por entre tinieblas espesas se llega á la mansion de la luz, *caza incesante en donde los seres, tan pronto cazadores como cazados, se disputan las piltrafas de una horrible carnicería*; aun cuando no miremos la historia humana como una especie de historia natural del dolor, que se resume en querer sin motivo, siempre luchar y despues morir, y esto por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta estalle en mil pe-

(1) Citados en las notas anteriores. Del Abad Speraindeo y de Juan Hispalense no quedan más obras que las cartas comprendidas en el Epistolario de Alvaro en la *Esp. Sagr.*, tom. XI. No debe confundirse este Juan con el Hispalense Juan Almatran (el Metropolitano). Véase *Esp. Sagr.*, tom. IX, pág. 241, 2.ª, edic.

En dicho tomo, trat. 34, capítulos. IV y V, publica el padre Florez el breve libro del presbítero Leovigildo, *De habitu Clericorum*, y los versos del arcipreste Cyprian. En el capítulo I da noticia de otros escritores muzárabes, cuyas obras se han perdido.

(2) Véase el número anterior.

dazos; aún cuando se comprenda que mejoramos en relacion al tiempo que fué, que la moralidad extiende su esfera de acción de día en día, no puede ménos de notarse que resta todavía mucho camino que recorrer para llegar al período verdaderamente humano: queda mucho que corregir ántes de lograr que la sociedad marche por la vía derecha, y hoy, más que nunca, se impone la reforma de la vida en el sentido de la pureza de las costumbres y del cumplimiento del deber, ya que existe mucha gente que por fortuna tiene fe en el ideal, que piensa hondo y ve por encima de esta pequeñez, que nos rodea, algo grande que el hombre podrá realizar seguramente, como lo dicen las voces que se alzan combatiendo el mal que corroe nuestras entrañas, los caracteres superiores que luchan y luchan contra los hábitos viciosos, las asociaciones benéficas ya comunes y populares en tantos países.

Hoy no son cosa inaudita estos movimientos del cuerpo social que, engendrados por la conciencia del bien claramente difundida, y no producto de algo natural inconscio, expulsan la *materia peccans* lejos, muy lejos, para que este principio morbígeno no contagie el organismo sano.

Hoy por fortuna sabemos en dónde reside el mal, en dónde y cómo germina la enfermedad; y, conocida su etiología, tenemos mucho adelantado para curarla—que ya pasaron los tiempos en que pudo decir Edmundo en la famosa creación de Shakespeare: «Es bien extraña tontería de este mundo que, cuando perseguimos la fortuna, y no se muestra solícita y pronta á nuestros deseos, atribuyamos la culpa de nuestra adversidad, que sólo á nosotros es debida, al sol, á la luna, á las estrellas; como si fuéramos bribones por necesidad, estúpidos por fuerza celeste, falsos y traidores por prepotencia de las esferas, y toda esta nuestra malicia y perversion aconteciera por influencia divina».

En la educación moral de los alumnos de la facultad de derecho, entra por mucho inspirarles la necesidad de esta concordancia entre lo real y lo ideal, entre lo que se piensa y lo que se obra, entre lo que es y lo que debe ser, que nace del fondo, de la misma esencia y naturaleza de lo jurídico, cuyos principios y cuyo desenvolvimiento pretenden conocer científicamente.

En efecto, la propia manera de ser del derecho acusa, por decirlo así, este carácter educativo omnilateral: el derecho se piensa, se siente, se quiere, *se vive* en todos los momentos de nuestra existencia: no hay acto humano que no esté impregnado de derecho. Y hé aquí por qué ha de ser el derecho y su enseñanza un precioso elemento de educación en nuestras Universidades, no meramente explicado al uso, sin vida y fundamento; es decir, entreteniéndose el profesor en una disertación

florida por fuera y muy nutrida, por dentro, de datos, de cifras, de opiniones, de distingos y hasta de donosas ocurrencias, que podrán ser de sumo interés; sino produciendo una poderosa corriente jurídica, mostrada en los actos y modos de vida, de maestro á discípulo, de discípulo á maestro; haciendo que lo que se diga en la cátedra se practique en la existencia social; poniendo particular empeño en que todos los esenciales elementos de la enseñanza vivan inspirados en la justicia y la rectitud; no teniendo, por ejemplo, el catedrático predilecciones inmotivadas, ni hiriendo con desprecios nunca disculpables á éste ó al otro alumno; procurando dar á cada uno lo que merezca, según el concepto maduramente formado de su aplicación, disposiciones y aptitudes: que no hay cosa que más subleve el ánimo de los jóvenes encomendados á nuestro cuidado y dirección, que esas distinciones absurdas á que suelen arrastrarnos inconscientemente la posición social, las amistades, las simpatías *irreflexivas*, la concordancia de ideas políticas, religiosas ó filosóficas, que nos privan de claridad y libertad para juzgar el verdadero mérito; de donde nacen desigualdades siempre irritantes é injustas.

Hay que penetrarse bien de este principio que no deberá perderse de vista nunca: la enseñanza ha de ser siempre educadora, y la educación es una preparación para la vida. Y si se quiere que la justicia y el derecho no sean otras tantas palabras vagas, ó, lo que es bastante peor, que se encubran con ellas bastardas intenciones; si se pretende que, lejos de eso, tan *humanos* principios informen constantemente nuestra existencia, ha de aprovecharse mucho en la enseñanza educadora del derecho el gran fondo de justicia que atesora todo hombre: fondo que está siempre dispuesto á educarse, como todos los elementos potenciales de un cuerpo y de un espíritu jóvenes, puros, no contaminados todavía por las miserias del mundo.

La idea, mejor dicho, el sentimiento del derecho y de la justicia es el que se revela con mayor intensidad en las naturalezas juveniles. Presente siempre en su conciencia, siempre despierto en su corazón, se le impone á toda hora; erigiéndose en criterio superior, con arreglo á él se juzga á sí propio, aprecia las acciones de sus compañeros, estima el mérito de sus profesores: ante este gran principio de la equidad, puede asegurarse que todos los demás se oscurecen. Y, si no, decidme ingenuamente, queridos amigos y discípulos, ¿á quién distinguís con vuestras simpatías: al maestro que, en medio de su carácter serio sin variaciones, enérgico sin acritudes y sostenido sin vacilaciones, se muestra constantemente justo en sus decisiones, ó á aquel otro que, dulce y afectuoso al parecer en sus maneras y relaciones exteriores, juzga con crite-

rios diversos, aprecia de diferente manera unas mismas acciones?

Yo de mí puedo decir, y perdonadme que os hable de mí persona, que, si amigos leales de quienes he merecido y merezco palpables pruebas de cariño he tenido entre los alumnos más sobresalientes de mi cátedra, otras tantas, tal vez mayores muestras de afecto y consideración he recibido de los que *salieron suspensos* en los exámenes á que asistí.

Y es que parece como que toda nuestra naturaleza se subleva á la vista de una injusticia, que equivale á la más completa negación de nuestras propiedades esenciales, y es que el derecho se encarna en lo más íntimo de nuestro ser, y tenemos de él tanta necesidad como del aire para respirar; así que, cuando lo torcido, lo opuesto al orden jurídico, el crimen, el delito, la perturbación, ocurren, experimentamos una especie de opresión moral, semejante al anhelo y falta de vida que nos acongoja, cuando penetramos en una atmósfera enrarecida.

El cancellor D'Aguesseau refería á su hijo que en el colegio habia experimentado las impresiones más fuertes ocasionadas por flagrantes injusticias, y que durante el ejercicio de sus funciones de magistrado habian estado presentes, con vivos caracteres, en su conciencia. Si hemos de crecer á Rousseau, el vivo sentimiento que le inspiró una injusticia en la edad de la adolescencia despertó y conservó en su alma para toda su vida la pasión y el culto de la justicia. Y es tanto lo que debe aprovecharse esta predisposición por lo justo y lo recto, que Bain (1), al hacerse cargo del jurado de alumnos que ya habia propuesto Bentham, manifiesta que, aunque no sea reconocido en los métodos de educación moderna, se aplica siempre tácitamente (2). «La opinión de una clase, añade, cuando tiene todo su valor, es el acuerdo del juicio de la cabeza con el de los miembros, del maestro y de los discípulos... El verdadero regulador está en la presencia de toda la clase reunida; el profesor no habla en su propio nombre, no hace más que dirigir el juicio de una multitud con la cual no debe nunca hallarse en discordancia.»

III.

No ménos recomendable, no ménos esencial en la vida, es el espíritu de tolerancia, que procede naturalmente del sentimiento de justicia: porque la libre prestación de condiciones para la realización de nuestros fines, el

concurso y la cooperación necesaria que se advierte entre los hombres y de la cual pende la sociedad, pide el respeto, la consideración á nuestros semejantes, cada uno de los cuales, si ha de cumplir su vida propia con la libertad é independencia que implica su autarquía, ó llámese el predominio de su voluntad conscia, debe merecer la tolerancia más accentuada de los que lo rodean.

¡Ah, señores, y qué claro y vivo se manifiesta este humanitario y consolador sentimiento de tolerancia entre los jóvenes alumnos de la Universidad! En esa hermosa edad en que parece que la vida entera con todas sus bellezas se concentra en nuestro ser, y corre bulliciosa por nuestras venas, y nos nutre con toda clase de entusiasmos y con todo linaje de glorias; en esa edad que se llama de las ilusiones, que ojalá durara siempre, y que no dura quizá por defecto de nuestra educación, que nos hace muy pronto calculadores, egoístas, reservados, hipócritas á puro llorar engaños y en fuerza de sufrir decepciones; en ese período juvenil en que sentimos cariño por todo, en que la caridad se desborda y el amor nos ocupa por completo, tenemos disculpas para toda idea, por errónea y perjudicial que parezca; sabemos perdonar generosamente cualquiera falta; dispensamos con noble corazón los errores y acogemos bondadosos en el pródigo seno de nuestra amistad á todo el que la solicita; los odios concentrados no existen, los arraigados rencores, ni aun imaginarse pueden: no tenemos corazón más que para querer y para perdonar.

¡Cuán necesario es que en los centros de enseñanza superior se cultive y explote este magnífico sentimiento social por excelencia! Y que bien poco trabajo ha de costar, lo dicen muy alto ciertas tendencias que, sin disimulos, ántes al contrario, á la clara luz del día, en los templos, en las plazas públicas, en la prensa, en el Parlamento, en la misma cátedra, aparecen en los tiempos actuales.

Predícase por muchos la persecución sin tregua, la guerra encarnizada á ciertos principios que han de prevalecer al cabo contra toda maquinación y lucha, porque moran en lo más hondo de la naturaleza del hombre y de la sociedad. Algunos de los que blasonan de caritativos, de benéficos, de humanitarios, y declaran serlo por deber, parecen complacerse en ser los más exagerados campeones de la intolerancia, del fanatismo, y dividen á los hombres, y trabajan por separar á los amigos, y lanzan á los hermanos contra los hermanos, aspirando á introducir el cisma en el seno mismo de la familia, asiento de todo amor. Los que así obran pretenden, sin saberlo, volver al supuesto estado natural de Rousseau, de Hobbes, del baron de Holbach. Perdonémoslos, y procuremos moverlos á fuerza de caridad y de tolerancia: que no hay mejor escuela de educación que el

(1) *La ciencia de la educación*, cap. v.

(2) En España no son del todo desconocidos los jurados de estudiantes. Recordamos á este propósito el que, según el testamento del sabio profesor de Medicina doctor Fourquet, se instituyó para conceder el premio creado por tan benéfico fundador.

ejemplo, y no hemos de ser los que predicamos la tolerancia los primeros que nos separemos de tan consoladora y humana cualidad.

(Concluirá.)

ÚLTIMAS NOVELAS (1).

II.

«EL CISNE DE VILAMORTA,» DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN,

por D. Francisco Giner.

No hay para qué dar á conocer *El Cisne de Vilamorta*, ni á su autora. Salvo aquellos á quienes alcance lo de la ignorancia invencible, quien no conozca á entrambos, no merece conocerlos; ¡que ya es pena! Este comienzo viene bien para que, usando de no sé cuál de esas figuras retóricas, gratas á todo buen patriota de Góngora, Calderon y Gracian, diga, por ejemplo: «¿Quién no conoce al poeta lírico de *Faime*? ¿A la noveladora (que diría la misma interesada) de Pascual Lopez, *Un viaje de novios*, *Bucólica* y *La Tribuna*? ¿Al historiador de *San Francisco de Asis* (en nada ménos de tres tomos)? ¿Al crítico de *La cuestion palpitante*?»—Con lo cual, y omitiendo (pero no olvidando) otras obras menores, ya estamos del otro lado del problema.

Respecto de *El Cisne*, sólo es mi ánimo por hoy decir algo, muy poco, casi nada en comparacion de lo que el libro y la autora merecen, acerca de la impresion que su lectura me ha dejado. Estos renglones no son, pues, una crítica razonada, sino apénas una opinion completamente personal, que tal vez parezca, y áun sea, lo más desacertada posible.

El tipo general de la novela, es, por su parte, bastante personal tambien. Quiero decir, que en ella no desaparece el autor. Antes al contrario, la señora de Pardo Bazan se complace en intervenir con frecuencia, mezclando sus propias reflexiones á la accion, á las descripciones y al cuadro de la vida real, en suma, que forma su novela; procedimiento éste, en cierto modo, lírico y épico á un tiempo, ya que la novela (con perdon de la crítica antigua) no es más que uno de los varios tipos del género épico en poesía. A pesar de esta intervencion, no hay que lamentar en *El Cisne* otra clase de «subjetividad» hoy muy frecuente. *El Cisne* no es una novela «tendenciosa», donde la poesía se pone al servicio de algun problema político, religioso, social, económico, psicológico, médico, etc., etc. En general, la idea de demostrar una tesis, de enseñar,

de moralizar por medio de la novela de otro modo que como puede enseñar y moralizar el espectáculo de la vida misma, cada dia está más acreditado y es autorizadísimo; pero no acaba de gustarme.

El Cisne—por mal nombre, Segundo Garcia—es uno de tantos pseudo-poetas como Dios permite por nuestros pecados en el mundo. Sus simplezas de genio rural, su lirismo empachoso, su poca vergüenza, no obstante este lirismo, sus amores con la infortunada y explotada maestra, sus pretensiones al adulterio con la señora del diputado, todo ello descrito muy á lo vivo, constituyen el asunto de la novela que, al desenvolverse, va enlazando y enredando en la trama de sus aventuras á los diferentes personajes de Vilamorta, pueblecillo de Galicia y admirable ejemplar de nuestra seca y mortecina vida provinciana. El cuadro de esta vida es perfecto. Las varias clases gobernantes de la localidad: abogados, escribanos, médicos, boticarios, estanqueros, alcaldes, maestros, prestamistas, mayorazgos, señoritos, tenderos, caciques, diputados... acuden á dar testimonio de aquella corrupcion basta y mal vestida, que fuma del estanco y de que son al par víctimas y autores. Sólo el clero, apénas entrevisto de léjos en la rebotica carlista de Doña Eufrasia, queda olvidado en los sucesos del libro: verdad es que la autora ha condensado el argumento en los representantes del partido liberal (?) de la localidad. Sea intencion, sea resabio, sea un último y respetuoso adios á las ideas tradicionalistas, esta supresion del clero en las intrigas locales, que así resultan un tanto mutiladas, es tal vez el único punto en que podría revelarse un propósito personal y extraño á la naturaleza de la obra. Las otras clases, por su parte, los gobernados, el pueblo, en el sentido moderno y despreciativo en que usa esta voz nuestra sociedad democrática, aparece tambien de cuerpo entero, en sus fiestas, costumbres, faenas y oficios. Por último, la escena, la villa, con sus casas y estructura, el campo con sus labores y perspectivas, descrito todo por admirable manera, representan en el sistema del autor tan principal papel como los mismos personajes. Hay más: el melancólico paisaje del Avieiro es la única nota ideal de toda aquella vida y de toda aquella comarca; la única donde reposa la vista fatigada de tanta insignificancia; la única que resalta sobre la plomiza monotonía de aquella sociedad que entristece como una señal de muerte, ó, lo que es idéntico, de vulgaridad, de tontería y de miseria.

¡Pero qué fielmente se halla representado el cuadro! La realidad misma no sería más verdadera. El carácter del espíritu de observacion de la autora es la sagacidad para sorprender los rasgos que definen la cosa, la persona, la accion; cualidad que falta á tantos otros novelistas, obligados, por esto, á amontonar por me-

(1) Véase el núm. 201.

nores sobre pormenores, á fin de compensarla con los procedimientos de la miniatura. Sobre todo, el paisaje y las fiestas rurales y urbanas están descritos con una especie de talento plástico, principalmente adecuado para esta clase de pinturas. En cuanto á los personajes, por lo comun, sostienen con bastante lógica su carácter, contra lo que afirma, por ejemplo, el crítico de la *Revista de España*. Pues si es cierto que Segundo, el protagonista, el *Cisne*, aparece al principio como un solemne majadero, nada hace despues para perder este título; y sus atrevimientos con Nieves y demás excesos caen por completo dentro del tipo, fuerte y robusto de cuerpo, pero débil y enfermizo de espíritu, sensual y perezoso, que en el *Cisne* tan perfectamente ha encarnado la autora. Dada la situación en que lo sorprende el indispensable marido, era imposible que Segundo se mostrase tan prudente con el pobre viejo como con los arrieros del eco. Poco le dura, sin embargo, el arranque. Minutos despues, viene tan embobado á preguntar á Nieves si va por el médico y si vuelve (!). ¿No es ésta, por ventura, la misma sándia criaturita que á los veintitantos años se divierte en declamar versos á un eco, y en dejarse mantener por una vieja? La única vez quizá que el tipo no es enteramente consecuente es cuando, todavía sin qué ni para qué, se atreve á apretar la mano á Nieves al ayudarla á bajar del coche; porque faltan aún las condiciones necesarias para preparar este primer paso de seducción de á real y medio la pieza. Quizá la pobre maestra, Leocadia, cuyo tipo con tan admirable verdad se halla trazado, al perder ya toda esperanza de conservar á Segundo, debiera lógicamente refugiarse en el amor de su desgraciado niño, que sólo pudo abandonar por otro amor más absorbente. Pero estas contradicciones, si lo fuesen, no bastarían para destruir la lógica interior de los caracteres.

También la ejecución es en general excelente, y el arte para preparar los sucesos, naturalísimo. Las situaciones finales de los capítulos, por ejemplo, tienen notable realce por la discreción y sobriedad con que están ordenadas. Esta sobriedad—permítaseme la insistencia—constituye quizá la cualidad dominante de la autora en todo cuanto atañe á lo que pudiera llamarse la factura del libro, ó sea, el manejo de los pormenores; difícilmente habrá quien halle pesada la descripción de un paisaje ó escena, ó la narración de una aventura. Hay un punto en el cual *El Cisne* excede, si es que no á todas, á casi todas nuestras novelas contemporáneas: en el modo de tratar el elemento trágico; verdad es que nuestros novelistas no suelen ser afortunados en esta clase de situaciones, sino apelmazados, redundantes, declamatorios y melodramáticos. Aquí, por el contrario, hay nervio, concisión, naturalidad; sin que los epifonemas y lamentaciones

entibien la impresión del lector, ni se empeñe nadie en ahorrarle el trabajo de pensar y sentir por sí mismo, dándole ya formado en cada situación el comentario. En tal sobriedad son maestros los ingleses; nosotros, por lo comun, seguimos más bien á Jorge Sand y Víctor Hugo.

Una cosa hay, sin embargo, en esto de la ejecución exterior, sobre la cual se debe hacer cierta reserva: el estilo y el lenguaje. El primero—ya lo ha hecho notar algun crítico—no siempre da ocasion para admirar tanta naturalidad como el fondo de la narración y de las descripciones; en medio de las sencillez que á veces muestra, cae en ciertas perífrasis y alambicamientos, gratos sin duda á todo español castizo, amantado en el gusto nacional. En cuanto al lenguaje, abundan en él provincialismos, que le darían sabor local si solamente los usasen los personajes, y no la autora misma por su cuenta; palabras técnicas de profesiones y estudios poco comunes, no siempre aplicadas con exactitud y que piden al lector tener á mano el Diccionario; arcaísmos y neologismos, á veces felices, á veces menos agraciados; por último, y rindiendo culto á la moda, alguna que otra palabra tan cruda como innecesaria. En esto, sería tarea fácil mostrar que la importancia del *Quijote* ó de la *Celestina* no está precisamente en las desvergüenzas que la rudeza del tiempo entónces consentía, como consentía que la gente no se lavase y comiese con los dedos; que, si estribase en eso, cualquier honrado carretero ó diputado á Cortes daría quince y falta á Quevedo y á Shakespeare, cuanto más á la señora de Pardo Bazan.

En comparación con las anteriores obras del mismo género debidas á la autora, el progreso revelado en *El Cisne* es incuestionable, especialmente en punto al arte de la novela, es decir, al ritmo en el desarrollo de la acción. Quizá todavía ésta resulta un tanto fragmentaria, dominando el elemento descriptivo sobre el narrativo; pero en las demás novelas de la señora de Pardo Bazan, esta condición es harto más evidente, y en particular *Un viaje de novios*, para muchos su mejor obra—y es el cual tan bellas cosas hay,—salvo el final, es más bien una serie de cuadros: sistema, por lo demás, frecuentísimo en nuestros mejores novelistas. Entre éstos, *El Cisne* ha hecho subir á su autora á la mitad superior del escalafón. Sin duda en el *ascenso* tienen su parte las enseñanzas de sus demás colegas y en especial de Perez Galdós, cuyo bienhechor influjo no puede ménos de sentirse en todos nuestros escritores; como se siente—en ocasiones quizá demasiado de cerca—el de Zola y Daudet; pero de igual modo se han formado á su vez ellos y todo el mundo. Nada más interesante que seguir la génesis de estas evoluciones, y sorprender aquello que cada generación ó cada individua-

lidad añade por sí propia á los elementos heredados.

Una observacion, ahora, sobre la relacion de *El Cisne* con nuestra sociedad. Se aplica, no á *El Cisne*, sino en general, á nuestra novela contemporánea. —«¡Qué gente más vulgar se empeñan en pintar ustedes!» decia á la autora há poco. —«¿Por qué se empeñan ustedes en ser así?» me respondía.—Y tenia razon: nuestras novelas de hoy dia reflejan con bastante exactitud el estado de nuestro pueblo. Ahora bien; la vulgaridad es la característica de los pueblos muertos: entendiéndose que esta muerte no es como la del individuo, sino una especie de letargo en que, reducidos á la satisfaccion de las necesidades más apremiantes de la naturaleza, dejan dormir tranquilas las restantes. Si la antigua idea fisiológica de las dos vidas en el hombre, la vegetativa y la anímica, se pudiese aplicar á los pueblos, diria que en ese estado, única muerte de que son capaces, apénas tienen más vida que la vegetativa, reduciéndose al minimum posible la espiritual. Pues esta especie de monopolio de la vida vegetativa es la vulgaridad. Las gentes vulgares no son precisamente los tontos, ni los pícaros, aunque pueden ser cualquiera de ámbas cosas, ó las dos, ó lo contrario; sino las que reducen su vida, mala ó buena, á comer, beber, dormir, enamorar, ganarse el sustento con sus respectivas ocupaciones, ó con las ajenas, y páre usted de contar. «Pues ¿qué más hay que hacer en el mundo?» Esto más que queda es difícil de explicar, por lo ménos á los que lo preguntan. Pero, por aproximacion, podría decirse que comprende aquellas funciones desinteresadas que distinguen precisamente al hombre del bruto. Por si fuese lícito valerse de una expresion filosófica, mística y poética, en tiempos en que hemos convenido en arrumbar toda poesía, todo misticismo y todo filosofar, hay un nombre que resume esas varias funciones: el *ideal*, y no se espantan ustedes. Vulgo seria en este caso quien vive esa vida de tejas abajo, mutilada, decapitada, á veces honesta, á veces no, pero siempre cerrada en aquella reducida esfera.

Tales son los personajes de *El Cisne de Vila-morta*, como lo son los de todos nuestros novelistas; España no da más de sí á la hora presente. Y es vano que se empeñen ellos con generoso afán por romper el hielo en ocasiones y dar carne y sangre á las potencias superiores de la vida; los supuestos genios del vivir ideal y semi-heróico en la política, la religion, la ciencia, la poesía y hasta la pasion y el infierno, que nos ofrecen, son tan vulgares como las otras figuras más modestas en que se resignan á representar los Lopez, Garcias y Fernandez de la vida moral. Y como semejantes tipos no pueden por sí mismos importar cosa mayor á nadie, todo el valor é interés de la obra artística estriba en la fidelidad de la reproduc-

cion, al modo de lo que acontece con los bodegones y fruteros en la pintura: en que las cacerolas, cebollas y conejos estén tan propios, que «no les falte más que hablar.» ¿Va V. á remover las entrañas de la humanidad con una chocolatera, un nabo y dos patatas?... Y entónces el ideal, el noble ideal, el verbo sublime, flaco, hambriento y vestido de rigoroso verano, acaba por refugiarse en la socorrida posteridad de *Rafael y Graziella*, diciendo cosas muy bonitas, muy dulcecitas, á veces hasta muy decentitas; pero ¡si vieran ustedes qué tontas!

El realismo de la novela francesa, no obstante, si ha perdido la grandeza varonil de Balzac; si cuando intenta despertar un rayo de luz para consolar al espíritu harto de ver y oler tanto cieno, apénas sabe hallar figuras triviales é insípidas, ha conservado al ménos la cruel intencion pesimista del maestro, que lo salva en ocasiones de la vulgaridad. El ideal no está ciertamente en la accion ni en los personajes; ni en el lavadero de Gervasia, ni en el purulento cadáver de Nana; pero en el alma del autor hay una poesía acerba, salvaje, brutal si se quiere, que penetra en el pormenor y trasfigura la inmundicia. Esta ya no es ni vale entónces por sí propia, sino por lo que deja ver al sombrío relámpago de las grandes tristezas humanas. La idea aparece aquí, sin duda, cual la *moraleja tácita*—que podría decirse—de la fábula; apartada de ésta como una teoría, no encarnada personalmente en sus personajes y sus hechos. Así resulta la novela realista francesa en sus distintos matices, desde *Los Miserables* á *Mme. Bovary* y á *Germinál*, un género mixto en que la estética se pone al servicio de la sociología. Pero, al fin, más vale esto que nada. Y si el Sr. Galdós, que con tan pasmoso brio entró por esta senda con *La Desheredada*, quisiera continuar, no sería yo quien intentase disuadirle de ello; ántes le disuadiría de seguir las huellas de *Mlle. La Quintinie*, como en *Gloria y Doña Perfecta*. Porque si la novela ha de ser tendenciosa, filosófica, social, ó cosa por el estilo, prefiero la forma sobrentendida del *Nabab* ó de la *Regenta* de Clarin á las disquisiciones artificiales de los personajes de Pereda.

Para concluir. Acerca de esta misma relacion con la sociedad, es curioso advertir que en general los dos grandes resortes de la novela contemporánea son aquellos que el Estagirita creia propios del hombre, degradado á la condicion de la bestia: el amor y el hambre. Y áun puede decirse que en ella el hambre desempeña todavía un papel ménos importante que su compañero. La novela contemporánea es ante todo novela crótica en el peor y más carnal sentido de la palabra; aunque no en el de Crébillon ó Louvet, sino en el de Rétif de la Bretonne, sin subir por esto al de Balzac. Sería interesante estudiar la evolucion de estos sentimientos en la historia de la novela y en

general de toda la literatura poética ó de imaginación, y aquilatar lo que significan los verdores del erotismo presente. Pero ni yo sabría hacer este estudio, ni es ahora ocasión para ello. Bástame consignar tan sólo que la última novela de la señora de Pardo Bazan, como todas las suyas hasta hoy, está completamente dentro de la moda. Para muchos, esta moda es una perfección; para otros (v. gr., *La Ciencia Cristiana*), nefando pecado; para mí, rasgo indispensable de toda obra que, como *El Cisne*, pueda bien titularse: *Capítulo de Historia Natural de la Humanidad subalterna*.

REVISTA PEDAGÓGICA.

LA ENSEÑANZA PRIMARIA Y PROFESIONAL EN PARÍS (I),

por D. Ricardo Rubio.

Los establecimientos públicos de enseñanza de París, se dividen en las siguientes categorías:

- I. Escuelas de párvulos (*écoles maternelles*).
- II. Escuelas primarias elementales de niños y niñas.
- III. Escuelas de adultos y de aprendices.
- IV. Establecimientos de enseñanza primaria superior.
- V. Establecimientos de enseñanza profesional.

Las *Escuelas de párvulos* admiten niños de ambos sexos desde los 2 á los 7 años, y sus programas comprenden: los primeros principios de la educación moral; conocimientos sobre los objetos usuales; los primeros elementos del dibujo, de la escritura y de la lectura; ejercicios de lenguaje; nociones de historia natural y de geografía; narraciones al alcance de los niños; ejercicios manuales; canto y movimientos gimnásticos graduados. Estas escuelas están confiadas exclusivamente á la mujer.

El programa de las *primarias elementales* abraza: instrucción moral y cívica; lectura, escritura, lengua y elementos de literatura francesa; geografía é historia, especialmente de Francia; nociones generales de derecho y de economía política; elementos de ciencias naturales, físicas y matemáticas, con sus aplicaciones á la agricultura, á la higiene y á las artes industriales; trabajo manual, comprendiendo el uso de los instrumentos de los principales oficios; elementos de dibujo, de modelado y de música; gimnasia; para los niños, ejercicios militares; para las niñas, trabajos de costura. En estas escuelas la enseñanza se halla dividida en tres cursos: *elemental, medio y superior*, subdivididos en clases, cuyo número de alumnos no puede exceder de cuarenta.

(1) V. *Notice sur les établissements d'enseignement public de la ville de Paris* (1884), publicada por la prefectura del departamento del Sena.

Escuelas de adultos y de aprendices.—Una ley de 1874 prohíbe admitir en ningún establecimiento industrial, como obrero, al que no frecuente una de estas escuelas cierto número de horas al día. Se dan las clases conforme al programa de las escuelas primarias elementales. Los cursos de adultos (hombres y mujeres) son de noche, desde las ocho hasta las diez, y su programa comprende: enseñanza primaria análoga á la de las escuelas de esta categoría; canto; dibujo; enseñanza profesional.

En las *Escuelas primarias superiores* se enseña escritura y lenguas vivas, moral y derecho, literatura é historia literaria, historia general, geografía, matemáticas (aritmética, álgebra, geometría plana y del espacio, trigonometría rectilínea, y aplicaciones), contabilidad y teneduría de libros, física, química, historia natural, dibujo, canto, gimnasia y trabajo manual.

Establecimientos especiales de enseñanza profesional.—Tienen por objeto desenvolver la habilidad y los conocimientos técnicos necesarios para el ejercicio de las profesiones manuales. El programa de las escuelas de aprendices comprende, además de la enseñanza técnica, la continuación de los estudios de la primaria necesarios para completar la instrucción adquirida en las elementales.

Esta organización de los establecimientos de enseñanza de París tiene varias instituciones complementarias:

1.^a Las *Cajas escolares*, creación destinada á fomentar la asistencia de niños á la escuela. Existen 20 en París, una por cada distrito.

2.^a La *Inspección médica de las escuelas*, que tiene por objeto asegurar el cumplimiento de las prescripciones higiénicas, señalar las causas de insalubridad que puedan producirse, é impedir la propagación de epidemias. Cada escuela debe ser visitada, en tiempos normales, dos veces al mes. Los médicos encargados de este servicio reciben una gratificación anual de 800 francos.

3.^a Las *Cantinas escolares.*—La administración municipal, teniendo en cuenta que frecuentan sus escuelas muchos niños pobres, á los cuales no pueden proporcionar sus familias una alimentación suficiente, ha establecido en 1880, en todas las escuelas de párvulos y primarias, cantinas para la preparación de almuerzos calientes. El precio de las raciones, consistentes en sopa, legumbres y carne, es por término medio 10 céntimos.

4.^a La *Caja para pupilos.*—Desde 1881 la enseñanza primaria en todos sus grados es gratuita en Francia, y en París, además, la municipalidad proporciona gratis á los alumnos el menaje, libros, cuadernos, etc.

Aun así, no era la enseñanza primaria accesible á todos. Muchas familias necesitadas se veían en la imposibilidad de atender con su solo trabajo á la educación y mantenimiento de sus hijos, que por su parte tenían que tra-

bajar tambien. El Consejo municipal ha procurado remediar este inconveniente, creando la llamada *Caja de los pupilos de la ciudad de Paris*. Los niños admitidos en los internados que sostiene esta caja no pueden ingresar hasta los seis años, ni permanecer despues de los trece. A partir de esta edad, la Administracion, si las familias lo desean, les asegura el aprendizaje de un oficio, admitiéndolos en un establecimiento de enseñanza profesional.

5.^a Las *Becas para alumnos de las escuelas primarias superiores*.—Estas becas pueden ser concedidas á las familias dignas de ayuda, para que sus hijos puedan seguir los estudios primarios superiores sin privar á sus padres del salario que hubieran podido ganar, abrazando inmediatamente un oficio. Consisten en subvenciones anuales de quinientos francos, como máximo, pagados á los padres, á condicion de la asistencia regular á la escuela del niño titular de la beca.

La enseñanza profesional se inicia en la escuela de párvulos con el dibujo, que precede á la escritura. En las escuelas primarias elementales, el dibujo lineal se hace sin instrumentos, á pulso. A partir de las primarias superiores, está confiado á profesores especiales, y comprende la copia del relieve y el geométrico (de arquitectura, de máquinas etc.)

Hay, además, cursos especiales de dibujo y modelado en algunas escuelas municipales, por la noche, para aprendices y adultos. Estos cursos abrazan: el dibujo geométrico con todas sus aplicaciones (de máquinas, arquitectónico, corte de materiales y lavado); el dibujo de figura y de adorno; la copia de relieves, de estatuas, de plantas y de modelos vivos; modelado y escultura. Hay abiertos 63 cursos, con una matrícula de 3.200 alumnos por término medio.

Las mujeres que desean dedicarse á profesiones industriales ó artísticas cuentan tambien con 14 escuelas libres, subvencionadas por el Municipio con 3.000 ó 4.000 francos.

Dos nuevas escuelas se establecen actualmente á título de ensayo: una de dibujo práctico preparatorio; otra, que es complemento de la anterior, de aplicacion de las artes del dibujo á cierto número de industrias. La primera, establecida en la calle de Sainte-Elisabeth, comprende estas enseñanzas: matemáticas aplicadas; dibujo del relieve, de la estatua y del modelo vivo; escultura y pintura decorativas; dibujo arquitectónico; historia del arte é historia y composicion del adorno. La segunda, abierta en la calle de Petits-Hôtels, tiene tres talleres de aplicacion, destinados: el primero, á la cerámica; el segundo, al grabado, y el tercero, al dibujo para la tapicería y el mobiliario.

Por lo que hace á la *enseñanza del trabajo manual*, el Municipio de Paris la ha organizado de manera que no resulte en las es-

cuelas primarias un verdadero aprendizaje, sino que sirva exclusivamente para habilitar á los alumnos al manejo de los instrumentos y para desenvolver en ellos el golpe de vista y la habilidad de la mano. A partir de los diez años, comienzan los ejercicios de taller, ejercicios que tienen por objeto los trabajos en madera (carpintería, torno, etc.), y, en las escuelas donde sea posible, la instalacion de una fragua para trabajar el hierro. Estos ejercicios tienen lugar á horas extraordinarias, fuera de las de clase (7 á 8,30 de la mañana y 4 á 5,30 de la tarde).

En las escuelas primarias de niñas, la *costura* forma parte del programa obligatorio en todas las clases. Desde el grado superior, se añade la enseñanza del *corte y confeccion* de vestidos, siempre con la mira, no de hacer especialistas, sino de colocar á las niñas en disposicion de hacerse por sí mismas sus trajes y los de su familia.

El trabajo manual en la escuela es una enseñanza de carácter general. La profesional, propiamente dicha, corresponde, como se ha visto, á otros establecimientos, de los que deben salir obreros con los conocimientos teóricos y técnicos necesarios para el ejercicio inteligente y racional de la profesion á que hayan de dedicarse. Estos establecimientos deben estar consagrados á las que podriamos llamar *industrias-madres*, es decir, las que abrazan muchas profesiones ó especialidades que tienen numerosos puntos de contacto. Los principales de estos centros son: *La escuela municipal de aprendices*, boulevard de La Villette, 60, dedicada á formar obreros para el trabajo del hierro y de la madera; sus talleres abrazan las diversas industrias relacionadas con estos trabajos: forja, ajuste, torno de metales, torno de maderas, carpintería é instrumentos de precision. Ya ha debido instalarse en la calle de Reuilly, 25, otra escuela destinada especialmente á las industrias del mobiliario, y poco despues comenzará á funcionar la del pasaje de Saint-Pierre para las industrias de precision (óptica y matemáticas, aparatos telegráficos, pequeña maquinaria, relojería, instrumentos de cirugía.) Conviene citar tambien la *Escuela municipal de física y química industriales*, fundada en 1881, para servir de complemento á la enseñanza de las escuelas primarias superiores y proporcionar los conocimientos científicos especiales que permitan á los alumnos, en la industria privada, desempeñar funciones de ingenieros ó de químicos. El número de alumnos se ha fijado en 90; la enseñanza dura tres años.

Para las mujeres existen tambien establecimientos de enseñanza superior. Es uno la *Escuela profesional y de economía doméstica*, calle Violet, 36, en la que, además de la instruccion teórica y técnica, adquieren las jóvenes los conocimientos necesarios para dirigir una casa con orden y economía. Bajo el punto de vista

profesional, esta escuela se divide en seis talleres: de ropa blanca, de planchado, de confeccion, de corsetería, de flores artificiales y de bordados para vestidos y piezas de mobiliario. La duracion de este aprendizaje es de tres años, término medio. Otra *Escuela profesional y de economía doméstica*, calle Bossuet, 12, comprende en su programa la contabilidad, el dibujo lineal y de adorno, y el conocimiento de una lengua extranjera; ha instalado talleres de flores artificiales, plumas, corsés, ropa blanca, bordados, confeccion y pintura sobre porcelana.

Por último, las instituciones de enseñanza profesional han sido completadas por la villa de Paris con la creacion, en 1881, de *Cursos especiales de enseñanza comercial*. Las clases son de ocho á diez de la noche, para que sean accesibles á los jóvenes y á las jóvenes que estén ya empleados en el comercio. La enseñanza tiene dos grados, elemental y superior, y cada uno dos años de estudios. Previos los exámenes, la administracion publica la lista de los alumnos que hayan obtenido el certificado de los estudios comerciales, y la comunica al Tribunal de comercio de Paris y á las principales casas de banca y de comercio. El número de alumnos que frecuentan estos cursos se eleva á 1.800, de los cuales 950 son hombres y 850 mujeres.

LA CIENCIA DEL FOLK-LORE,

POR MR. G. L. GOMME.

Traduccion de D. Antonio Machado y Alvarez.

Desde que se publicó mi carta en el *Folk-Lore Journal*, cuaderno II, pág. 285, y la interesante correspondencia que se suscitó sobre ella, han aparecido dos libros importantes que auxilian considerablemente mis propósitos; titulanse estas dos obras *Custom and Myth*, de Mr. Lang, y *Wide Awake Stories*. Se recordará que sometia tres puntos á la consideracion de los folk-loristas: primero, la definicion del Folk-Lore con referencia á su objeto y alcance; segundo, la fijacion de una terminología para los títulos de los cuentos populares; tercero, el establecimiento de una terminología para los incidentes de esos cuentos y la compilacion de un índice modelo para las incidencias.

Quiero dejar sentado de una vez para siempre que el Folk-Lore es una ciencia, ora lo considere la sociedad con relacion á su objeto, ora con relacion á su procedimiento. Cuando el profesor Max Müller defendió por vez primera el derecho que á ocupar un puesto entre las ciencias tenían los estudios sobre el lenguaje, su principal tarea fué la de destruir los errores hasta entonces imperantes en la materia. La Sociedad del Folk-Lore lleva ahora siete años de trabajos; sus publicaciones

suministran un hermoso índice para ordenar los asuntos que comprende, y todavía fuera de la Sociedad siguen repitiéndose los añejos errores, los que proceden principalmente de confundir el Folk-Lore con los cuentos populares. Este error capital lo hallamos en toda clase de obras; así, en la introduccion al *Folk-Lore Servio*, Mr. Denton comienza con estas lamentables palabras: «Hasta estos últimos diez años no ha sido francamente reconocida la importancia del Folk-Lore, de las leyendas populares, cuentos, chistes y extravagancias de todo género, trasmitidos de generacion en generacion entre los trabajadores, aldeanos y muchachos de un país.»

Tambien Mr. Theal, por no extender los ejemplos, que pudieran multiplicarse á lo infinito, en su libro sobre el *Folk-Lore de Cafretería*, comienza en el mismo sentido: «En estos últimos años se ha despertado gran interés por el Folk-Lore de las tribus incultas, entre los que se ocupan en el estudio del género humano; entiéndase el Folk-Lore limitado aquí á las tradiciones y cuentos populares.»

Ahora, y dicho sea de paso, si este error de limitar el propio alcance del Folk-Lore no trascendiese de los títulos de los libros compilados por los colectores de cuentos y tradiciones populares, sería de escasísima importancia. Acaso carecemos en rigor de derecho para exigir del colector, del obrero que no vacila en internarse por las trochas y atajos de la civilizacion, para sorprender en las cabañas y aldeas el modo de ser de las gentes salvajes, una exactitud escrupulosa en la clasificacion y ordenamiento de los datos que recoge. Debémosle únicamente nuestra gratitud por los materiales que aporta, sin los cuales, los hombres científicos no podrian dar un paso en sus investigaciones, ni aun siquiera tener palabras desdenosas para semejantes materiales. Mas, por desdicha, aún están muy poco deslindadas las funciones del mero colector y del folklorista. El vulgo toma del uno ideas y nociones que no le es dado distribuir ordenadamente, é inquiera estas nociones ó ideas en el trabajo perfeccionado por el otro; con lo que las faltas de los coleccionadores de historias y tradiciones, al identificar sus libros con el título genérico de Folk-Lore, han llegado á trascender á los cultivadores de esta nueva ciencia.

Semejante estado de cosas ha llegado á su límite en la *Introduccion á la ciencia de la mitología comparada y del Folk-Lore*, de sir Jorge Cox, en la cual no es aventurado decir que apenas si el Folk-Lore se encuentra representado. Este autor dice en su prefacio: «Mi objeto en este tomo es dar una idea general de la gran masa de tradiciones populares perteneciente á las naciones aryas de Asia y Europa y otras tribus, tan amplia, cuanto las condiciones del asunto la hagan necesaria.» Con tal mira no tenía necesidad de titular su libro in-

roduccion al estudio del Folk-Lore. Pero no acaba aquí el mal; unas cuantas líneas más abajo, en su prefacio, el Sr. Cox escribe: «El Folk-Lore, en suma, está perpetuamente convirtiéndose en mitología, y pocos mitos hay que no presenten, en algunos de sus rasgos característicos principales, puntos de semejanza con los cuentos clasificados bajo el título de Folk-Lore.» Semejante aseveracion no puede ser más errónea; lejos de poderse afirmar que el Folk-Lore se convierte en mitología, puede asegurarse, por el contrario, que la mitología se funde ó cambia en Folk-Lore; sólo cuando aquélla ha dejado de ser una forma de religion y se ha perpetuado en la creencia popular, puede clasificarse como Folk-Lore y ocupar con justicia un puesto al lado de esa larga categoría de maneras y costumbres, supersticiones y creencias, dichos y proverbios antiguos, leyendas y tradiciones, cuentos de dioses y de héroes, que constituyen el saber del pueblo.

Desdichadamente el profesor Sayce apoya hasta cierto punto la opinion del Sr. Cox, escribiendo en su introduccion á la ciencia del lenguaje: «Mito, folk-lore, fábula, alegoría; son todos términos relacionados entre sí; pero que deben ser cuidadosamente separados y distinguidos. Un mito es la mal interpretada respuesta que da la mente de la humanidad en su adolescencia á las cuestiones que parece ofrecerle y plantearle el mundo que le rodea. El término folk-lore tiene un sentido más vago y comprende todas aquellas narraciones populares de que los cuentos de encantamiento son un excelente ejemplo, siquiera falte en ellos el elemento mitológico religioso. Aunque las figuras mitológicas se mueven dentro del folk-lore de un pueblo, en él han cambiado su forma y modo de ser: la divinidad que las animaba ha desaparecido, han llegado á convertirse en carne y sangre del vulgo. Ciertamente es á veces muy difícil trazar una línea divisoria entre el folk-lore y la mitología, definir con exactitud dónde acaba el uno y comienza la otra, y hay muchos ejemplos de casos en que ambos se confunden; pero esto ocurre en todo género de investigaciones y los contornos más notables de los dos tipos de leyenda popular subsisten claramente; es un mero abuso del término incluir los mitos, como en muchas ocasiones se hace, bajo el epígrafe folk-lore. La relacion precisa entre éste y la mitología es aún una cuestion muy controvertida. Existe mucho folk-lore que puede retrotraerse con certeza á mitos extinguidos.»

Nada más claro que este texto en cuanto á la definicion y concepto de la mitología; en él se exagera la ausencia de *motivo* mitológico en el folk-lore. Es un adelanto manifiesto en materia de definicion, y constituye en realidad el mejor capítulo de introduccion para el es-

tudio de nuestra ciencia; pero cuando el señor Sayce abandona el terreno de la definicion y penetra en el más amplio campo de las relaciones que existen entre el folk-lore y la mitología, reincide en el antiguo error, tal como fué sustentado por los que se dedicaban al estudio de la mitología comparada dominados por teorías preconcebidas. El folk-lore jamás puede confundirse propiamente con la mitología, porque aquél se refiere no sólo á la region de los mitos é imaginaciones, sino á la de los hechos, costumbres y acontecimientos actuales, y nunca contiene un sistema completo de mitología, sino verdaderos fragmentos mitológicos.

Los errores en la concepcion y definicion del folk-lore, que hemos apuntado, en su mayor parte, han arraigado muy profundamente en los que se dedicaban á su estudio. Mister Lang se ha tomado en más de una ocasion el trabajo de volver á fijar la atencion de los folk-loristas sobre las funciones legítimas del folk-lore. En el tomo XI del *Archivo del folk-lore* ha dado una especie de sumario de sus fines; pero, con todo, la mejor contribucion á este asunto son los métodos del folk-lore en su obra recientemente publicada *Custom and Myth*, en la que, aunque no llega á decirnos cuál es realmente su definicion del folk-lore, al que vacila en llamar ciencia, explana y amplifica muchos de sus estudios anteriores.

Mas estas explicaciones de Mr. Lang, aunque admirables, no me parecen suficientes. Si es cierto que el folk-lore es el estudio de las supervivencias, y posible que no haya ningun grado de experiencia humana, por primitivo é incompleto que sea, del que no quede ninguna reliquia en nuestras instituciones, de aquí debe seguirse que el estudio del folk-lore se convierte, no en mera distraccion de los anticuarios, ni en manía de los que estudian todo lo que creen curioso y extraordinario, sino en una ciencia. Ahora bien: si el folk-lore es una ciencia, la ciencia de las supervivencias, algo hay que decir acerca del puesto que ocupa entre las otras ciencias y sus relaciones con ellas, y, sobre todo, qué capítulo está llamado á formar en el gran libro del conocimiento humano. Para que esto pueda ser propiamente entendido, lo primero es echar una rápida ojeada sobre lo que ahora se incluye bajo el título de folk-lore, y luego, si es posible, dar las razones científicas de que el folk-lore trate de todas estas materias.

En el tomo XIII, pág. 312, del *Folk-Lore Journal*, Mr. Nutt ha dado un excelente sumario de las materias incluidas bajo el término general de folk-lore; pero, al clasificar estas materias, no utiliza los términos generalmente establecidos, y adoptados, y su clasificacion no basta para indicar por sí misma los métodos de estudio del folk-lore. La clasificacion de Mr. Hartland (pág. 343) es acaso, á mi jui-

cio, la mejor; pero aún no creo que podamos llevar tan lejos los grupos radicales dentro de los cuales los asuntos incluidos en el folk-lore naturalmente se dividen. La sencillez es muy necesaria. Práctica popular y uso popular son, después de todo, divisiones arbitrarias, y pocos folk-loristas se avendrán, en mi sentir, á someter sus estudios á esta clasificación. Muchos, sin embargo, lo harán y limitarán sus estudios á la agrupación natural de los asuntos, y no veo razón alguna para que no puedan extender la clasificación hasta el punto en que reconozcan estas partes como pertenecientes á un todo más amplio. Me atrevo á indicar la siguiente división en cuatro capitales grupos, cada uno de los cuales se subdivide en grupos más pequeños, según se ve en el siguiente cuadro:

I. NARRACIONES TRADICIONALES.

- (a)
- Cuentos populares.*

- (b)
- Cuentos de héroes.*
-
- (c)
- Baladas y canciones.*
-
- (d)
- Leyendas locales.*

II. COSTUMBRES TRADICIONALES.

- (a)
- Costumbres locales.*
-
- (b)
- Fiestas consuetudinarias.*
-
- (c)
- Ceremonias consuetudinarias.*
-
- (d)
- Fuegos.*

III. SUPERSTICIONES Y CREENCIAS.

- (a)
- Brujería.*
-
- (b)
- Astrología.*
-
- (c)
- Supersticiones y prácticas y hechicerías.*

IV. LENGUAJE POPULAR.

- (a)
- Dicbos populares.*
-
- (b)
- Nomenclatura popular.*
-
- (c)
- Proverbios.*
-
- (d)
- Retintines populares, adivinanzas.*

(Continuará.)

SECCION OFICIAL.

CUADROS DEMOSTRATIVOS DE LOS INGRESOS Y GASTOS EN LA «INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA,» desde su fundacion hasta 30 de Junio de 1885.

INGRESOS.

Estado núm. 1.

Enseñanza.

AÑOS económicos.	1. ^a enseñanza.	2. ^a enseñanza.	PREPARATORIOS DE		Escuela de Derecho.	ESTUDIOS SUPERIORES.		Lenguas.	Cursos breves.	Clases privadas.	Tanto por 100 de las clases por cuenta de los profesores.	Conferencias y veladas.	TOTAL. — Pesetas.
			Derecho y filosofía y letras.	Medicina, ciencias y farmacia.		Doctorado en Derecho.	Estudios especiales.						
1876-77...	»	1.202,50	347,50	371,25	740,50	1.061,25	512,50	1.276,50	332,25	77,75	»	2.056,00	7.978,00
1877-78...	»	3.207,50	314,25	64,50	697,50	»	253,00	2.435,00	46,00	98,87	»	467,50	7.491,12
1878-79...	1.762,50	4.985,00	»	»	»	»	»	»	»	156,75	446,00	948,00	8.208,85
1879-80...	6.015,00	9.100,02	»	»	»	»	»	»	»	236,50	42,50	693,50	16.060,52
1880-81...	13.838,75	10.508,00	»	»	»	»	»	»	»	»	134,05	340,50	24.821,30
1881-82...	14.880,00	10.962,50	»	»	»	»	»	»	»	»	195,00	425,00	26.462,50
1882-83 (1)	23.217,50	»	»	»	»	»	»	»	»	»	224,00	34,25	23.475,75
1883-84...	20.210,00	»	»	»	»	»	»	»	»	»	65,00	»	20.275,00
1884-85...	12.660,00	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	12.660,00
	92.583,75	39.905,52	661,75	435,75	1.348,00	1.061,25	767,50	3.711,50	378,25	569,87	1.107,15	4.937,75	147.528,04

(1) Desde este año la 1.^a y 2.^a enseñanza quedan unidas, bajo la denominación común de *Estudios generales*, y distribuidos sus alumnos por secciones. Las cifras, pues, que aparecen en la casilla de 1.^a enseñanza corresponden á las dos.

Estado núm. 2.

Movimiento de acciones de á 250 pts. 1.^a emisión.

AÑOS económicos.	Acciones suscritas.	Total de su importe. — Pesetas.	Acciones cobradas.	Importe de las mismas. — Pesetas.	Acciones por cobrar.	Importe de ellas. — Pesetas.	Acciones que son bajas.	Importe de ellas. — Pesetas.
1876-77.....	699	174.750,00	613,15	61.750,00	26,00	6.650,00	59,25	14.812,50
1877-78.....				26.875,00				
1878-79.....				22.250,00				
1879-80.....				13.687,50				
1880-81.....				9.875,00				
1881-82.....				6.250,00				
1882-83.....				3.500,00				
1883-84.....				3.912,50				
1884-85.....				2.187,50				
	699	174.750,00	613,15	153.287,50	26,00	6.650,00	59,25	14.812,50

Estado núm. 3.

Movimiento de acciones de á 250 pts. 2.ª emisión.

AÑOS. económicos.	Acciones suscritas.	Total de su importe. — Pesetas.	Acciones cobradas.	Importe de las mismas. — Pesetas.	Acciones por cobrar.	Importe de ellas. — Pesetas.	Acciones que son bajas.	Importe de ellas. — Pesetas.
1880-81.....	»	»						
1881-82.....	»	»	679,75	169.937,50	»	»	18,50	4.625,00
1882-83.....	756	189.000,00						
1883-84.....	»	»	26,55	6.637,50	10,66	2.650,00	6,60	1.500,00
1884-85.....	»	»	5,10	1.275,00	7,00	1.750,00	2,50	625,00
	756	189.000,00	711,40	177.850,00	17,66	4.400,00	27,00	6.750,00

Estado núm. 4.

Publicaciones.

AÑOS económicos.	BOLETIN.		CONFERENCIAS.		Anuario.	Foto- grafías.	TOTAL. — Pesetas.
	Venta.	Suscripcion.	Venta.	Suscripcion.			
1876-77.....	»	»	»	»	»	»	»
1877-78.....	100,50	416,00	42,75	52,50	»	»	611,75
1878-79.....	381,92	840,25	609,35	270,30	371,00	94,00	2.566,82
1879-80.....	246,13	862,25	105,75	10,50	80,00	»	1.204,63
1880-81.....	128,00	445,00	137,00	»	»	13,50	723,50
1881-82.....	182,25	1.676,50	»	»	»	»	1.858,75
1882-83.....	456,50	4.481,70	»	»	»	»	4.938,20
1883-84.....	131,58	3.929,50	»	»	»	»	4.061,08
1884-85 (1).....	241,25	3.163,40	»	»	»	»	3.404,65
	1.868,13	15.814,60	894,85	333,30	451,00	107,50	19.469,38

(1) Como la suscripción al BOLETIN es por años naturales, la recaudación por la del presente no puede considerarse terminada en la fecha á que alcanzan estos cuadros.

(Continuará.)

BIBLIOTECA: PUBLICACIONES RECIBIDAS.

Alas (Leopoldo).—*La Regenta*.—Barcelona, 1884 y 1885.—2 vol.

Fonssagrives (Dr. J. B.).—*Tratado de la higiene de la infancia*. Version castellana de don Manuel Flores y Plá. Cuadernos 1 á 6.—Madrid, 1885.

Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas.—Meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 7 de Junio de 1885. Tema: *Ruptura de las negociaciones con Inglaterra y sus consecuencias para el comercio español*.—Madrid, 1885.—5 ejemplares.

Sociedad económica de Amigos del País de Santiago.—*Programa para la Exposición de ganados de 1885*.—Santiago, 1885.—*Reglamento del Congreso agrícola y de pesca convocado por dicha sociedad*.—Santiago, 1885.

Lopez Bago (Eduardo).—*La Pálida*.—Madrid, 1885.

—*La Buscona*.—Madrid, 1885.

Elices Montes (Ramon).—*El patriotismo español*.—Apuntes para un libro recordando las glorias patrias.—Madrid, 1885.

Cervantes Saavedra (Miguel de).—*El Quijote de los niños*.—7.ª edición con grabados.—Madrid, 1885.

CORRESPONDENCIA DEL «BOLETIN.»

Sr. D. M. T.—Barcelona.—Recibida libranza, importe de la colección del BOLETIN. Gracias.

Dofia L. S.—Alcira.—Recibida por D. J. S. libranza, importe de su suscripción por los años 1885 y 86. Queda anotada.

D. M. M.—Lugo.—Recibida libranza de 10 pesetas, importe de su suscripción por los años 84 y 85.

D. J. M.—Benabarre.—Recibida libranza, importe de su suscripción por el año actual. Gracias.

ANUNCIO.

Se ha puesto á la venta el tomo 8.º encuadernado del BOLETIN, correspondiente á 1884.

Contando la Secretaría de la Institución con el ofrecimiento de varios señores accionistas, que ceden su derecho á recibir las publicaciones de la casa por la mitad de su coste, á favor de las personas que no pertenezcan á la Asociación, pueden adquirirse los tomos encuadernados del BOLETIN al precio de pesetas 7,50 cada uno, y la colección completa (8 tomos en 7 volúmenes) por 35 pesetas.